

El despertar de Elías

Del monasterio al multiverso

José Alfonso Garre

Este libro es una producción de

<https://reflexionesparaandarpor.casa/>

Contacto: jagarre@gmail.com

Si te ha gustado el libro agradecemos que dejes un comentario y una valoración en la plataforma donde lo adquiriste.

Índice

Teoría Cuántica y Fe: El Viaje de Elías..... 7
Lecciones de un Mundo Restaurado.....14
El silencio de Dios.....27
Multiverso y Fe: El caos en el desierto..... 31
Encuentro en el desierto..... 42
El misterio del Padre Elías y el pozo restaurado..... 47
La búsqueda de Elías.....52

El despertar de Elías, por José Alfonso Garre

Agradecido a Monica.im por colorear mientras yo dibujo

*Dedico este cuento a todas las personas que viven en mi
corazón.*

El despertar de Elías, por José Alfonso Garre

Teoría Cuántica y Fe: El Viaje de Elías

El monasterio de San Albano se alzaba majestuoso entre las montañas, como un anciano sabio que observa el paso del tiempo con paciencia infinita. Entre sus muros de piedra, Elías, un monje de mirada profunda y barba encanecida, pasaba sus días rodeado de libros antiguos. Había dedicado su vida a descifrar las profecías más enigmáticas: Daniel, Isaías, el Apocalipsis, San Malaquías... y, en un giro inesperado, los misterios de la física cuántica.

«¿Qué haces encerrado aquí todo el día, Elías?» preguntó el Padre Carlos, el prior del monasterio, con su voz grave y autoritaria. «¿No tienes nada mejor que hacer que leer esas tonterías?»

Elías levantó la vista de un pergamino amarillento y sonrió con calma. «La verdad rara vez es cómoda, Padre. Pero siempre es necesaria.»

El prior bufó y salió de la biblioteca con un portazo. Elías volvió a su lectura, ajeno al mundo exterior. Había algo en esas escrituras que lo inquietaba, una conexión que aún no lograba descifrar.

Una noche, mientras el monasterio dormía bajo la luz plateada de la luna, Elías tuvo un momento de epifanía. Los textos antiguos hablaban de «nuevos cielos y nueva

tierra» tras un cataclismo cósmico. ¿Y si no se referían a una renovación espiritual sino a una migración física? ¿Y si la humanidad estaba destinada a ser trasplantada a otro planeta mediante un fenómeno cuántico?

Elías se levantó de golpe, derramando tinta sobre su mesa. «¡Es eso!» murmuró para sí mismo. «La teoría de los «mundos múltiples» de Everett... ¡es la clave!»

La teoría de los mundos múltiples de Everett es una interpretación de la mecánica cuántica que explica el multiverso. Esta teoría postula que cada estado posible de una medición cuántica se desarrolla en un universo diferente. Así, cada decisión tomada o cada evento ocurrido crea una bifurcación en la realidad, dando lugar a un número infinito de universos paralelos donde cada posibilidad se manifiesta. En este contexto, la idea de que la humanidad pudiera migrar a otro planeta no sería solo un sueño, sino una realidad tangible en uno de esos muchos mundos.

Al día siguiente, compartió sus ideas con algunos monjes jóvenes, quienes lo escucharon con curiosidad y algo de temor. Pero cuando el Padre Carlos se enteró, su reacción fue explosiva.

«¡Herejía!» bramó el prior, golpeando la mesa con su puño. «¡No permitiré que contamines a esta comunidad con tus delirios!»

Elías sabía que había cruzado una línea peligrosa. Pero también sabía que no podía detenerse.

Las semanas siguientes fueron un torbellino de tensiones en el monasterio. Elías continuó desarrollando su teoría en secreto, escribiendo febrilmente en un cuaderno que escondía bajo una losa suelta del suelo. Mientras tanto, el Padre Carlos hacía todo lo posible por desacreditarlo.

«No es más que un viejo loco,» decía el prior a los turistas que visitaban la biblioteca. «Sus ideas no tienen fundamento.»

Pero Elías no estaba solo. Algunos monjes comenzaron a cuestionar las enseñanzas tradicionales de la Iglesia y a preguntarse si Elías podría tener razón.

«¿Y si realmente hay algo más allá de lo que nos han enseñado?» susurró uno de ellos en la penumbra de la capilla.

La semilla de la duda había sido plantada.

Una noche, mientras Elías trabajaba en su cuaderno, escuchó pasos acercándose por el pasillo. Cerró rápidamente el libro y apagó la vela. Pero era demasiado tarde.

«¡Lo sabía!» exclamó el Padre Carlos al irrumpir en la celda de Elías. «¡Estás escribiendo tus herejías!»

Antes de que Elías pudiera reaccionar, el prior le arrebató el cuaderno y lo hojeó con furia. «¡Esto es inaceptable! ¡Mañana mismo informaré al obispo!»

Elías sintió un nudo en el estómago. Sabía que enfrentarse a la Iglesia era un camino sin retorno. Pero también sabía que no podía renunciar a la verdad.

«Eres libre de hacer lo que creas necesario, Padre,» dijo con serenidad. «Pero no puedes detener lo inevitable.»

Elías no esperó a que llegara el obispo. Esa misma noche, empacó algunos pergaminos y escapó del monasterio bajo la luz tenue de las estrellas. Sabía que lo buscarían, pero también sabía que debía seguir adelante.

Se refugió en una cabaña abandonada en las montañas y continuó trabajando en su teoría. Cada día se sentía más convencido de que estaba en lo correcto. Pero también sabía que el tiempo se agotaba.

Mientras tanto, el mundo comenzaba a mostrar señales inquietantes: terremotos, tormentas solares, avistamientos extraños en el cielo... Todo parecía encajar con las profecías.

Elías fue encontrado por agentes enviados por la Iglesia. Lo llevaron a un tribunal eclesiástico donde enfrentó un juicio lleno de acusaciones y amenazas.

«¿Niega usted las enseñanzas sagradas?» preguntó uno de los jueces con voz glacial.

«No las niego,» respondió Elías con firmeza. «Solo digo que hemos malinterpretado su verdadero significado.»

El juicio fue abruptamente interrumpido por una noticia alarmante: un gigantesco cometa se dirigía hacia la Tierra. En un instante, el caos se desató, y la sala se llenó de gritos y murmullos inquietos. La gente, atrapada entre el miedo y la incredulidad, comenzó a correr en todas direcciones, buscando refugio en un mundo que parecía desmoronarse ante sus ojos.

Elías, en medio de ese tumulto, fue liberado. Mientras se precipitaba por las calles, rodeado de una confusión abrumadora, sintió una extraña paz interior. Era como si, en medio del pánico, hubiera encontrado un rincón de calma donde sus pensamientos podían fluir sin restricciones.

«Es el final», reflexionó mientras sus pasos resonaban en el pavimento. «Pero también es un nuevo comienzo.» La dualidad de su pensamiento le ofreció consuelo en un momento tan oscuro.

Cuando el cometa finalmente impactó contra la Tierra, todo quedó envuelto en una penumbra de fuego y destrucción. Elías cerró los ojos, entregándose al destino que le aguardaba, y en su mente se elevó una oración

silenciosa, un último susurro de esperanza en medio de la devastación.

Así, en un giro inesperado del destino, el mundo que conocía se desvanecía, dando paso a una nueva era, una en la que el caos y el orden se entrelazaban de maneras que nadie podría prever. ¿Qué nuevas realidades surgirían de las cenizas de lo que una vez fue? ¿Qué lecciones se aprenderían en el silencio que seguiría a la tormenta? Con estas preguntas resonando en su mente, Elías se preparó para enfrentar lo desconocido.

Elías cerró los ojos y se entregó al destino con una oración silenciosa. Cuando volvió a abrirlos, se encontró en una playa bañada por aguas cristalinas bajo un cielo desconocido. Tres lunas brillaban en lo alto, lanzando su luz plateada sobre un paisaje paradisíaco que parecía sacado de un sueño.

Cayó de rodillas, lágrimas rodando por su rostro arrugado. «Tenía razón,» susurró con voz quebrada. «Gracias, Señor... por permitirme ver tu obra.»

El sonido de las olas acariciando la orilla era como un canto de bienvenida. A su alrededor, la arena brillaba con un resplandor dorado, y las palmeras se mecían suavemente, como si danzaran al compás de una melodía que solo ellos podían oír. La atmósfera estaba impregnada de una paz indescriptible, y por un momento, Elías se olvidó del caos que había dejado atrás.

Mientras se levantaba, sintió una energía vibrante en el aire, como si el mismo lugar estuviera vivo. Miró hacia el horizonte, donde el mar se encontraba con el cielo, y en ese instante, comprendió que este nuevo mundo no era solo un refugio, sino un lienzo en blanco lleno de posibilidades infinitas.

Recordaba ser un anciano encorvado, de movimientos torpes, pero su cuerpo ahora era fuerte, ágil, rejuvenecido. Miró sus manos: sin manchas, sin arrugas. Era como si el tiempo hubiera retrocedido.

A su alrededor, la playa se extendía como un paraíso inexplorado. Aguas cristalinas reflejaban el brillo de las lunas, y a lo lejos, montes cubiertos de vegetación exuberante se alzaban como gigantes dormidos. Elías respiró profundamente y se puso de pie. Su mente, siempre analítica, comenzó a buscar respuestas. ¿Era esto el cielo? ¿Un sueño? ¿O acaso el multiverso cuántico del que tanto había leído y reflexionado?

Su mirada se perdió en el horizonte mientras una certeza se instalaba en su corazón: este lugar no era un azar. Había un propósito. Y él debía descubrirlo.

El despertar de Elías, por José Alfonso Garre

Lecciones de un Mundo Restaurado

Adentrándose en la vegetación, Elías encontró un mundo de abundancia. Árboles cargados de frutos desconocidos, animales que parecían no temerle —uno incluso se acercó a olisquear su túnica— y un aire que parecía limpio, puro, casi sagrado. Mientras caminaba, fragmentos de las escrituras resonaban en su mente. «Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva...»

De repente, una voz resonó dentro de él, no como un trueno, sino como un susurro íntimo que parecía surgir desde lo más profundo de su ser.

—Elías, ¿lo entiendes ahora?

El monje se detuvo en seco, su corazón latiendo con fuerza.

—¿Quién eres? —preguntó al vacío.

—Soy quien siempre he sido, soy y seré. En este mundo, no estoy fuera de ti; estoy dentro. En el antiguo mundo también estaba, pero era necesario restaurar la naturaleza. Cada hombre lleva mi presencia en su corazón y ahora es evidente para todos y cada uno, pero sigue habiendo quien quiere apagar mi voz.

Elías cayó de rodillas, abrumado por la revelación. La voz continuó:

—Este es un nuevo comienzo. La iglesia ya no es un edificio ni una institución; es la comunidad viva de hombres y mujeres que me buscan en lo íntimo. Hablan conmigo en lo secreto y actúan atendiendo a mis gustos, por puro amor. Tú tienes una misión: guiar a otros hacia esta verdad y construir nuevas comunidades en esta tierra restaurada.

Elías sintió lágrimas correr por su rostro mientras la voz se desvanecía. Sabía que su vida había cambiado para siempre.

Con la misión ardiendo en su pecho, Elías cerró los ojos y pensó en alguien que pudiera acompañarlo en esta tarea titánica. Al abrirlos, estaba en un prado lleno de flores silvestres. Frente a él, un hombre alto y delgado recogía bayas con una sonrisa despreocupada.

—¿Padre Stefano? —exclamó Elías.

El hombre levantó la vista, sorprendido al principio, pero pronto su rostro se iluminó de alegría.

—¿Elías? ¡Por todos los cielos! ¿También tú estás aquí?

Se abrazaron con fuerza, como hermanos que se reencuentran tras una larga separación. Mientras compartían sus experiencias en este nuevo mundo, Elías

le relató su encuentro con la divinidad y la misión que le había sido encomendada.

Stefano escuchó con atención, sus ojos brillando con entusiasmo.

—Entonces no hay tiempo que perder —dijo finalmente—. Si debemos construir comunidades, necesitamos encontrar a alguien que entienda cómo hacerlo. ¿Recuerdas al Padre Jose Kentenich?

Elías asintió lentamente. Kentenich había sido un visionario en el siglo XX, un hombre que había hablado de formar hombres nuevos para tiempos nuevos.

—¿Crees que está aquí? —preguntó Elías.

—Solo hay una forma de saberlo —respondió Stefano con una sonrisa traviesa—. Vamos a buscarlo.

Los dos monjes emprendieron su camino por paisajes que parecían salidos de un sueño. Prados interminables, ríos cristalinos y montañas majestuosas los rodeaban mientras avanzaban guiados únicamente por la fe y la intuición.

En el trayecto, Stefano no dejaba de bromear y reír, llenando el aire con una ligereza que contrastaba con la seriedad reflexiva de Elías.

—Dime, Elías —dijo Stefano una noche mientras descansaban junto a una fogata—, si pudieras pedirle algo a este nuevo mundo, ¿qué sería?

Elías lo miró pensativo.

—Pediría sabiduría para entender mi propósito aquí. Y tú, Stefano, ¿qué pedirías?

Stefano sonrió ampliamente.

—Un buen vino y un rebaño de ovejas que me sigan como si fuera su pastor.

Ambos rieron con ganas antes de quedarse dormidos bajo el cielo estrellado.

Tras días de caminata, llegaron a un valle donde encontraron una pequeña comunidad. Las casas eran modestas pero acogedoras, y las personas vivían en armonía con la naturaleza. Al acercarse, fueron recibidos con hospitalidad y curiosidad.

Una mujer llamada Clara los guió hasta el centro del pueblo donde se reunieron con los peregrinos. Al mencionar el nombre de Jose Kentenich, los rostros de los presentes se iluminaron.

—Conocemos ese nombre —dijo uno de los ancianos—. Nos enseñó mucho sobre cómo vivir juntos en este nuevo

mundo. Pero hace tiempo que partió hacia el Padre eterno.

Elías y Stefano intercambiaron miradas decididas.

—Entonces ¿cómo podremos conocer sus enseñanzas?—dijo Stefano.

Buscad a un anciano que en el viejo mundo era conocido por Papá Pepe, tiene un colmenar en aquellos montes—dijo Clara.

Clara les invitó a quedarse en su comunidad que les abrió el corazón y compartió con ellos todo lo que tenían. Allí permanecieron por un tiempo, pero decidieron ir a conocer a Papá Pepe

Antes de partir, Clara les entregó provisiones y les deseó suerte.

Finalmente, tras semanas de búsqueda, el Padre Elías y el Padre Stefano encontraron a Papá Pepe. Era una tarde tranquila, y el sol se filtraba a través de las hojas de los árboles, creando un ambiente sereno. El anciano los recibió con calidez y humildad. Aunque su restauración no había afectado a su edad aparente, seguía siendo el mismo hombre sabio y carismático que le habían contado.

—¡Hola, Papá Pepe! —saludó el Padre Elías con una sonrisa—. Hemos venido a aprender de ti. Nos han

hablado de las enseñanzas de Jose Kentenich. ¿Le conociste?

Papa Pepe asintió, invitándolos a sentarse a su lado

—Bienvenidos, queridos hijos —respondió Papá Pepe, invitándolos a unirse a él en el trabajo—. No personalmente pero si estudiaba sus enseñanzas en el antiguo mundo. Aquí, en esta comunidad, estamos reconstruyendo este viejo monasterio que no es solo un edificio, sino un futuro basado en valores comunes.

Papá Pepe les habló sobre la visión de Jose Kentenich para este nuevo mundo pero que nunca había sido entendida: una confederación apostólica universal donde cada comunidad fuera autónoma pero conectada por ideales compartidos. Les explicó cómo educar al «hombre nuevo», alguien consciente de su dignidad divina y comprometido con el bienestar común.

Elías escuchaba fascinado mientras Stefano tomaba notas entusiastas en un cuaderno improvisado.

Stefano le interrumpió pues no entendía bien que era el hombre nuevo.

—Por supuesto, queridos hijos. El «Hombre Nuevo» es un ideal que debemos perseguir —comenzó, mirando al horizonte—. Se trata de una transformación interior, un cambio que comienza en el corazón.

—¿Y cómo se logra eso? —preguntó el Padre Stefano, curioso.

—Primero, debemos abrirnos a una relación personal con Dios —respondió Papá Pepe—. Es en esa relación donde encontramos la humildad y la fe que nos guiarán.

El Padre Elías frunció el ceño, reflexionando.

—¿Pero no tienen a la divinidad en su interior? ¿Por qué es importante desarrollar esa relación?

—Dios creó al ser humano para vivir en su compañía, en un diálogo íntimo y personal, compartiendo la totalidad de la creación y haciéndolo partícipe de su experiencia divina. En tiempos pasados, esta relación estaba oscurecida, a menudo oculta en el corazón del hombre. Hoy, sin embargo, se ha vuelto una realidad evidente para todos. Pero, como dos viajeros que se encuentran en el camino, es necesario entablar una conversación para conocerse y enamorarse de Aquél que es todo. ¡Dios desea amigos, no siervos temerosos!

—Es interesante, pero ¿qué significa realmente ser amigo de Dios?

—Significa reconocer que Él ha preservado nuestra libertad. Así como fue en la antigua tierra, estamos aquí en esta nueva creación para cuidar de la obra divina. Esta relación simbiótica es esencial para entender el propósito de la vida. Nos necesitamos mutuamente, así como

también dependemos de la naturaleza y ella de nosotros. Observa esta colmena: las abejas viven unas para otras, en perfecta armonía con su entorno. Recolectan el néctar que les brinda la naturaleza y, a cambio, fecundan las flores que dan frutos. Estos frutos alimentan a otros y también se convierten en la semilla de nueva vida.

—Eso suena hermoso, pero ¿cómo podemos aplicar eso en nuestra vida diaria?

—La clave está en cultivar esa relación con Dios y con los demás. Al igual que las abejas, debemos trabajar juntos, apoyándonos y reconociendo que cada acción tiene un impacto en el todo. La oración, la meditación y la reflexión son esenciales para mantener esa conexión viva. Cuando nos acercamos a Dios, encontramos el propósito y la dirección. A través de esta relación, aprendemos a amar y a ser amados, lo que transforma no solo nuestras vidas, sino también las vidas de quienes nos rodean.

—Entonces, ¿la espiritualidad no es solo un camino individual, sino también comunitario?

—Exactamente. La espiritualidad florece en comunidad. Al compartir nuestras experiencias y apoyarnos mutuamente, crecemos en amor y comprensión. Así como en la colmena, cada uno tiene un papel que desempeñar, y juntos podemos crear un ecosistema de amor y apoyo que refleje la divinidad que llevamos dentro.

—¿Y qué hay de la comunidad? ¿Cómo encaja eso en la idea del «Hombre Nuevo»?

—¡Excelente pregunta! —exclamó Papá Pepe—. La construcción de una comunidad es fundamental. No podemos ser «Hombres Nuevos» en soledad. Debemos apoyarnos mutuamente, vivir en fraternidad, y trabajar juntos por el bien común.

—Así que, ¿la transformación personal también beneficia a los demás? —intervino el Padre Stefano.

—Exactamente —dijo Papá Pepe, con una sonrisa—. La educación integral es clave. No solo se trata de adquirir conocimiento, sino de formarnos en valores éticos y espirituales. Debemos cultivar nuestras almas tanto como nuestras mentes.

Los frailes escuchaban atentamente, asintiendo con la cabeza.

—Pero, Papá Pepe —dijo el Padre Elías—, en este mundo nuevo, ¿cómo podemos ser agentes de cambio?

—Ah, ahí está el desafío —respondió Papa Pepe, con un brillo en los ojos—. Debemos ser valientes y comprometernos con la acción social. Cada uno de nosotros puede hacer la diferencia. Al trabajar por la justicia y la paz, nos convertimos en verdaderos «Hombres Nuevos».

El Padre Stefano sonrió, sintiendo la inspiración en sus palabras.

—Y en todo esto, ¿dónde queda el desarrollo personal? —preguntó.

—Es esencial —afirmó Papa Pepe—. El autoconocimiento y el crecimiento personal son pilares. Necesitamos ser conscientes de nuestras debilidades y fortalezas para enfrentar los desafíos de la vida con esperanza y resiliencia.

Los frailes se miraron entre sí, comprendiendo la profundidad de lo que Papa Pepe compartía.

—Entonces, ¿el «Hombre Nuevo» es una llamada a la acción y a la reflexión? —resumió el Padre Elías.

—Así es, mis queridos amigos —concluyó Papa Pepe, mirando al cielo—. Es un viaje que comenzamos en el corazón y que se manifiesta en nuestras acciones. Sigamos adelante, siempre buscando ser mejores, no solo para nosotros, sino para el mundo que nos rodea. Con esas palabras, los frailes sintieron una renovada determinación, listos para abrazar el camino del «Hombre Nuevo» en sus vidas.

—Parece que estamos en esta nueva tierra para repetir y aprender la lección que no supimos asimilar en la tierra vieja —concluyó el Padre Elías, con un tono reflexivo.

—Así es —confirmó Papá Pepe, asintiendo con la cabeza—. Dios necesita nuestra transformación, porque existen muchos mundos y muchos tiempos que requieren personas capacitadas en el arte de amar y servir. Somos llamados a ser Su voz, Sus manos, y Sus pies en la tierra, ayudando a otros a transitar este camino.

—¿Y cómo podemos prepararnos para esa transformación? —preguntó el Padre Stefano que escuchaba atentamente.

—La clave está en el amor y la entrega —respondió el Padre Elías—. Debemos cultivar una relación íntima con Dios, permitiendo que Su amor nos transforme desde adentro. Cada acto de bondad y servicio que realizamos es un paso hacia esa transformación.

—Es cierto —añadió Papá Pepe—. Cada vez que elegimos amar, estamos construyendo un puente hacia los demás. En este nuevo mundo, donde todavía existe el recuerdo de lo perdido y de su dolorosa transición a la nueva tierra el dolor es palpable, ser instrumentos de paz y amor es más crucial que nunca.

—Pero, ¿cómo podemos ser efectivos en nuestro servicio? —intervino el Padre Stefano—. A veces me siento abrumado por la magnitud de la necesidad que hay a nuestro alrededor.

—Es comprensible sentirse así —dijo el Padre Elías—. La clave es comenzar con pequeños actos. No subestimes el

poder de una sonrisa, una palabra de aliento o una mano amiga. Cada pequeño gesto cuenta. Con el tiempo, esos actos se suman y pueden generar un impacto significativo.

—Además, no estamos solos en esto —agregó Papá Pepe—. Dios nos acompaña en cada paso. La oración y la comunidad son fundamentales. Compartir nuestras experiencias y apoyarnos mutuamente nos fortalece y nos anima a seguir adelante.

—Entonces, ¿podríamos decir que nuestra transformación personal es también una transformación colectiva? —preguntó el joven, iluminado por la conversación.

—Exactamente —respondió el Padre Elías—. Al transformarnos, también transformamos a quienes nos rodean. Es un proceso de contagio espiritual. Al final, todos estamos interconectados en este viaje.

Con las enseñanzas de Papá Pepe grabadas en sus corazones, Elías y Stefano regresaron a la comunidad de Clara, donde habían sido acogidos. Allí comenzaron a implementar lo aprendido, formando grupos de trabajo y reflexión donde cada persona podía descubrir su propósito y contribuir al bien común.

Quedaba por entender que era aquello de la confederación apostólica universal, pero eso quedaba para otra visita a Papá Pepe.

Bajo las tres lunas del cielo restaurado, Elías reflexionaba sobre el camino recorrido. Habían pasado del desconcierto inicial al descubrimiento de una misión mayor que ellos mismos. Ahora entendía que este mundo no era solo un refugio tras el colapso; era una oportunidad para empezar de nuevo, para construir algo mejor.

Y así, bajo ese cielo lleno de esperanza, los dos monjes comenzaron a escribir el primer capítulo de una historia que cambiaría el destino del nuevo mundo para siempre.

El despertar de Elías, por José Alfonso Garre

El silencio de Dios

En lo profundo de un valle esmeralda, entre colinas que se alzaban como guardianes del tiempo, se encontraba una aldea pequeña y serena. Allí, el cielo parecía más cercano, como si en cualquier momento pudiera tocarse con la punta de los dedos. La brisa llevaba consigo el aroma de la tierra húmeda y las flores silvestres. Fue en este rincón del nuevo mundo donde Elías y Stefano, dos monjes viajeros, encontraron refugio.

Clara, una mujer de sonrisa cálida y manos curtidas por el trabajo, fue quien los presentó a la comunidad. «Ellos no buscan oro ni tierras», les dijo a los aldeanos, «sólo quieren ayudar». Y así fue como Elías y Stefano comenzaron a formar parte de la vida cotidiana del pueblo. Elías, con su andar pausado y mirada penetrante, dedicaba sus días a enseñar a los niños a leer y escribir, mientras que Stefano, con su risa contagiosa y energía desbordante, cuidaba de un pequeño rebaño de ovejas, cumpliendo un sueño que había guardado desde su infancia.

La aldea funcionaba como una gran familia. Todos compartían lo que tenían: alimentos, herramientas, historias. No había riquezas materiales, pero sí una abundancia de armonía y cooperación. Sin embargo, bajo esta aparente tranquilidad, había una nostalgia latente. Los aldeanos añoraban las celebraciones religiosas que

alguna vez habían formado parte de sus vidas. Las campanas resonando en la distancia, los cantos colectivos, las oraciones que unían sus almas. Pero Elías y Stefano no eran sacerdotes; no podían ofrecerles misas ni sacramentos.

Una tarde, mientras el sol teñía el cielo de un anaranjado ardiente, un grupo de aldeanos se acercó a los monjes. Efrain, el anciano más sabio del pueblo, tomó la palabra. «Padre Elías, Padre Stefano», dijo con voz temblorosa pero firme, «necesitamos algo que nos devuelva la esperanza. Algo que nos recuerde que no estamos solos en este mundo».

Elías intercambió una mirada con Stefano. Había algo en los ojos del anciano que lo conmovió profundamente: una mezcla de desesperación y fe. Después de unos segundos de silencio, Elías habló. «No somos sacerdotes», dijo con humildad, «pero podemos compartir con ustedes algo más grande que cualquier ceremonia: la presencia de Dios en sus corazones».

Esa misma semana, bajo un cielo despejado y un sol radiante, los monjes reunieron a la aldea en un campo cercano. Las ovejas de Stefano pastaban tranquilamente a lo lejos mientras Elías se colocaba en el centro del círculo formado por los aldeanos. Su voz era calmada pero cargada de autoridad.

«Vivimos rodeados de ruido», comenzó Elías. «El canto de los pájaros, el murmullo del río, incluso nuestras propias

voces. Pero bajo todo ese ruido hay un silencio profundo. Un silencio donde reside Dios. No necesitan iglesias ni altares para encontrarlo; basta con cerrar los ojos y escuchar».

Los aldeanos se miraron entre sí, confundidos pero intrigados. Entonces Elías les pidió que cerraran los ojos y guardaran silencio. Al principio fue incómodo; algunos se removían inquietos, otros abrían los ojos furtivamente. Pero poco a poco algo cambió. El viento parecía susurrar palabras antiguas y sabias. Los corazones comenzaron a latir al unísono.

Cuando finalmente abrieron los ojos, algo en ellos había cambiado. Clara fue la primera en hablar. «Sentí... como si alguien me abrazara desde dentro», dijo con lágrimas en los ojos. Otros asintieron en silencio, incapaces de poner en palabras lo que habían experimentado.

Con el tiempo, esta práctica transformó a la aldea. Los habitantes comenzaron a ver el mundo con otros ojos. La rutina diaria ya no era sólo trabajo; era una forma de servir a Dios. Cada semilla plantada, cada oveja cuidada, cada pan horneado se convirtió en un acto sagrado.

Pero para Elías esto no era suficiente. Sentía un llamado más grande, una urgencia que lo consumía por dentro. Una noche, mientras las estrellas brillaban como diamantes sobre el valle, habló con Stefano.

«Debo irme», dijo Elías con voz grave. «Hay otras aldeas que necesitan despertar como esta».

Stefano lo miró con tristeza pero también con comprensión. «Lo sé», respondió. «Tu misión es mayor que este lugar».

«¿Y tú?», preguntó Elías.

Stefano sonrió con esa calidez que lo caracterizaba.»Yo me quedaré aquí. Estas ovejas me necesitan tanto como yo a ellas.» Enrojeciendo, pausó su voz y, en un susurro, agregó: «Y Clara... me encanta conversar con ella.»

Al amanecer del día siguiente, Elías partió con una mochila ligera, pero su corazón estaba lleno de determinación. Mientras descendía por el camino serpenteante, se detuvo un momento para mirar hacia atrás. Allí estaba Stefano, rodeado de sus ovejas, saludándolo con la mano y una sonrisa. A su lado, Clara también se despedía, entrelazada de la mano con él.

El silencio volvió a reinar en el valle, pero ya no era el mismo silencio de antes. Era un silencio lleno de vida, de propósito, de Dios.

Y así comenzó una nueva etapa para ambos monjes: uno llevando la luz del silencio a otros rincones del mundo; el otro cuidando su pequeño rincón como un pastor cuida su rebaño.

Multiverso y Fe: El caos en el desierto

Una mañana temprano, con un hatillo al hombro y un bastón en mano, Elías cruzó la última colina. Lo que encontró al otro lado lo dejó sin aliento: un desierto infinito se extendía ante él. El aire era seco y pesado, y la arena parecía susurrar secretos olvidados. Elías sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Cerró los ojos y escuchó. En el silencio de su interior, una voz resonó clara como el agua: "Cruza. Yo estaré contigo."

El primer día en el desierto fue una lucha constante contra el calor abrasador y el viento que levantaba nubes de arena. Elías avanzaba lentamente, cada paso una pequeña victoria sobre el terreno hostil. Por la noche, bajo un cielo tachonado de estrellas, se sentó junto a una roca para descansar. Fue entonces cuando la voz volvió a hablarle.

—Elías, este mundo no es como el que conocías. Aquí el tiempo se cruza con el espacio. Puedes caminar por una época y despertar en otra. Pero no temas; esto facilitará tu tarea.

Elías cerró los ojos, tratando de comprender. La voz continuó:

—El hombre nuevo debe aprender a vivir en comunión conmigo, con los demás y con la tierra que le he dado. No es suficiente sobrevivir; deben prosperar en espíritu y

construir comunidades fuertes, unidas en un solo corazón: el mío.

La voz se desvaneció, dejando a Elías con una sensación de paz y propósito. Al día siguiente, mientras caminaba bajo el sol implacable, comenzó a notar cosas extrañas. Una sombra de otro tiempo parecía cruzarse con la suya; un árbol seco se convertía por un instante en un frondoso roble antes de volver a su estado marchito. El desierto no era solo un lugar físico; era un umbral entre lo que fue y lo que podría ser.

Tras días interminables de caminar, Elías llegó finalmente a una comunidad grande al borde del desierto. Desde lejos, parecía una ciudadela prometedora, con numerosas viviendas apiñadas alrededor de una plaza central. Pero al acercarse, descubrió que lo que reinaba allí no era el orden ni la esperanza, sino el caos.

Las calles estaban llenas de gritos y discusiones. Los habitantes parecían perdidos, atrapados en una lucha constante por recursos escasos. Las casas estaban en ruinas, y los niños corrían descalzos entre montones de escombros. Elías sintió una punzada de dolor en el corazón.

En medio del tumulto, un hombre robusto con una barba descuidada se le acercó.

—¿Quién eres tú? —le preguntó con desconfianza.

—Soy Elías —respondió con calma—. He venido a ayudar.

El hombre lo miró de arriba abajo y soltó una carcajada amarga.

—¿Ayudar? Nadie puede ayudarnos aquí. Estamos condenados.

Pero Elías no respondió. En lugar de eso, caminó hacia la plaza central y subió a una estructura derruida que alguna vez fue un escenario. Desde allí alzó la voz:

—¡Escuchadme! He venido a compartir con vosotros una verdad que puede cambiarlo todo.

Al principio, solo unos pocos se detuvieron a escucharlo. Pero su voz tenía algo magnético, algo que resonaba incluso en los corazones más endurecidos. Poco a poco, la multitud creció hasta llenar la plaza.

Elías habló durante horas esa noche. Les contó sobre el Dios que vive en el corazón de cada hombre y mujer, sobre cómo podían encontrar libertad verdadera al desarrollar vínculos de amor entre ellos y con la tierra que los sustentaba. Les habló de comunidades fuertes, organizadas no por jerarquías de poder sino por los dones únicos de cada persona.

—Debemos aprender a orar en espíritu y en verdad —dijo—. No basta con palabras vacías; debemos

conectarnos con el Dios que habita en nosotros y dejar que nos transforme desde adentro.

La gente lo escuchaba en silencio, algunos con lágrimas rodando por sus mejillas. Por primera vez en mucho tiempo, sentían esperanza.

En los días siguientes, Elías comenzó a trabajar con ellos. Les enseñó a reconstruir sus hogares y a organizarse para compartir las tareas necesarias para la comunidad. Pero más importante aún, les enseñó a orar juntos, a buscar ese espacio sagrado dentro de cada uno donde Dios esperaba pacientemente.

Los meses pasaron, y la comunidad comenzó a cambiar. Las calles dejaron de ser un campo de batalla y se convirtieron en lugares de encuentro y colaboración. Las casas volvieron a levantarse, no como fortalezas individuales sino como partes de un todo interconectado.

Un día, mientras Elías caminaba por la plaza, ahora llena de vida, un aire extraño se colaba entre las risas de los niños y el bullicio de los comerciantes. El sol brillaba con fuerza, pero había algo en la luz que parecía no pertenecer del todo a este mundo. Fue entonces cuando un niño pequeño, de cabello rizado y ojos claros como el cristal, se le acercó y le tomó la mano.

—Padre Elías —dijo el niño con una sonrisa que parecía demasiado sabia para su edad—, ¿te quedarás con nosotros para siempre?

Elías sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Había algo en la voz del niño, algo que lo inquietaba, aunque no podía precisar qué era. Se agachó para mirarlo a los ojos, y por un instante, creyó ver reflejado en ellos un paisaje que no pertenecía a esta ciudad: montañas oscuras, un cielo rojo como la sangre y una sombra que se movía con vida propia.

—No puedo quedarme para siempre —respondió Elías con calma, aunque su voz tembló ligeramente—. Pero Dios sí estará siempre contigo. Dejo aquí en esta plaza un signo de que Dios os ama.

Elías clavó su bastón en el suelo con fuerza, y en ese instante, algo extraordinario sucedió. El suelo comenzó a temblar bajo los pies de todos los presentes. Las risas cesaron, los murmullos se apagaron y el aire se volvió denso, casi irrespirable. Donde antes había tierra seca y piedras, surgió un pozo profundo lleno de agua cristalina. A su alrededor, como si respondieran a una llamada ancestral, comenzaron a florecer plantas y flores que nadie había visto jamás en la región. La vegetación se extendió rápidamente, cubriendo la plaza y avanzando hacia las calles de la ciudad.

La gente observaba con asombro y temor. Algunos se arrodillaron agradeciendo a Dios, mientras otros retrocedían lentamente, como si presentaran que algo más oscuro estaba ocurriendo. Elías se levantó y miró al niño, pero este ya no estaba allí. En su lugar, donde había

estado de pie, solo quedaba una pequeña marca en el suelo: un círculo quemado, como si alguien hubiera dejado allí una antorcha encendida.

Esa noche, la ciudad no durmió. Aunque el pozo seguía brillando con una luz extraña y las plantas emanaban un aroma dulce y embriagador, el ambiente estaba cargado de tensión. Los animales estaban inquietos, y algunos habitantes aseguraban haber oído susurros provenientes del agua del pozo.

A la mañana siguiente, Elías despertó temprano y decidió volver a la plaza. Algo lo llamaba, algo que no podía ignorar. Cuando llegó al pozo, lo encontró rodeado de gente murmurando en voz baja. Un hombre mayor se acercó a él con el rostro pálido.

—Padre Elías —dijo con voz temblorosa—, algo no está bien. Desde anoche, varios han desaparecido. Primero fue el niño que estaba contigo en la plaza... luego una mujer que fue a buscar agua del pozo... Ahora nadie se atreve a acercarse demasiado.

Elías frunció el ceño y se acercó al pozo. El agua cristalina reflejaba su rostro, pero cuando miró más de cerca, vio algo moverse bajo la superficie. Era una sombra negra, amorfa, que parecía observarlo desde las profundidades.

—¿Qué es esto...? —murmuró para sí mismo.

De repente, una voz surgió del pozo, un susurro gutural que parecía venir de todas partes y de ninguna al mismo tiempo.

—Elías... —dijo la voz—. Pensaste que traías bendición... pero has abierto una puerta.

Elías retrocedió bruscamente, su corazón latiendo con fuerza. La gente alrededor lo miraba con ojos llenos de miedo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Elías en voz alta—. ¿Quién eres?

La voz rió suavemente, un sonido que heló la sangre de todos los presentes.

—Soy lo que siempre he sido... lo que yace dormido bajo esta tierra desde antes de que ustedes llegaran. Tú me has despertado.

Elías apretó su bastón con fuerza. Había oído historias antiguas sobre entidades que dormían bajo el mundo mortal, esperando ser liberadas. Pero nunca pensó que tales cuentos fueran reales.

—Esto es obra de Dios —dijo con firmeza—. Este pozo es un símbolo de su amor.

La sombra en el agua pareció agitarse violentamente.

—¿Dios? —se burló la voz—. ¿Crees que Él tiene poder aquí? Este lugar me pertenece... Y ahora tú también.

Antes de que pudiera reaccionar, un tentáculo oscuro emergió del agua y se abalanzó sobre él. Elías levantó su bastón justo a tiempo para bloquearlo, pero el impacto lo lanzó hacia atrás. La gente gritó y corrió en todas direcciones mientras la sombra comenzaba a extenderse fuera del pozo.

Elías sabía que tenía que actuar rápido. Se levantó tambaleándose y comenzó a recitar oraciones con toda la fe que tenía en su corazón. La sombra pareció detenerse por un momento, como si dudara. Pero luego volvió a avanzar, más fuerte que nunca.

De repente, una luz brillante surgió del cielo. Era tan intensa que todos tuvieron que cubrirse los ojos. Cuando Elías miró hacia arriba, vio una figura radiante descender lentamente hacia la plaza. Era alta y majestuosa, con alas doradas que parecían hechas de fuego puro.

La figura extendió una mano hacia el pozo, y la sombra emitió un grito ensordecedor antes de ser arrastrada de vuelta al agua. El pozo comenzó a secarse rápidamente hasta que no quedó nada más que un agujero vacío en el suelo.

La figura se volvió hacia Elías y le habló con una voz serena pero poderosa:

—Has cometido un error al abrir esta puerta, pero tu fe ha salvado a esta ciudad. Recuerda siempre: no todo lo que brilla proviene de la luz.

Y con esas palabras, la figura desapareció tan repentinamente como había llegado.

Elías cayó de rodillas, agotado pero agradecido. La plaza quedó en silencio absoluto mientras la gente emergía lentamente de sus escondites. Aunque el peligro había pasado, todos sabían que algo había cambiado para siempre en aquel lugar.

Desde ese día, nadie volvió a mencionar el pozo ni al niño extraño que lo había iniciado todo. La vegetación desapareció tan rápido como había crecido, dejando solo tierra seca y piedras como antes. Pero algunos juraban que por las noches todavía podían escuchar susurros provenientes del lugar donde alguna vez estuvo el pozo... como si algo siguiera acechando desde las sombras.

Elías apretó su bastón con fuerza. Había oído historias antiguas sobre entidades que dormían bajo el mundo mortal, esperando ser liberadas. Pero nunca pensó que tales cuentos fueran reales. Sin embargo, en ese instante, una idea comenzó a florecer en su mente: ¿y si cada historia era solo una de las infinitas realidades que coexistían en el vasto multiverso?

En la teoría del multiverso de Everett, cada decisión y cada evento crean bifurcaciones en la realidad, dando

lugar a universos paralelos donde cada posibilidad se materializa. Así, en un universo, esas entidades podrían ser meras leyendas, mientras que en otro, podrían ser fuerzas poderosas que influyen en el destino de los mortales. Elías sintió un escalofrío al imaginar que, en algún rincón del multiverso, él mismo podría haber sido un guardián de esos secretos antiguos, o tal vez un héroe que había enfrentado a esas criaturas.

Con cada latido de su corazón, la posibilidad de que el mundo que conocía era solo una fracción de lo que realmente existía se hizo más evidente. Las historias que había escuchado de niño, sobre dioses y demonios, eran más que simples fábulas; eran ecos de verdades que resonaban a través de los universos. ¿Qué pasaría si esas entidades, que ahora yacían en un profundo sueño, despertaran en un universo donde Elías no estaba preparado para enfrentarlas?

El bastón en su mano se convirtió en un símbolo de su conexión con el tejido de la realidad. Comprendió que cada acción que tomaba no solo afectaba su vida, sino que también tejía nuevas realidades en el vasto tapiz del multiverso. Con determinación, decidió que debía explorar más allá de los límites de su entendimiento, buscando respuestas no solo en su mundo, sino también en aquellos mundos que se entrelazaban con el suyo.

Así, Elías se embarcó en una búsqueda que lo llevaría a descubrir no solo las verdades ocultas de su propio universo, sino también las interacciones de su existencia

con las innumerables realidades que lo rodeaban. En su corazón, sabía que el tiempo de las entidades dormidas estaba cerca, y él, como un viajero entre mundos, estaba destinado a jugar un papel crucial en el despertar de lo que había estado oculto durante tanto tiempo.

El despertar de Elías, por José Alfonso Garre

Encuentro en el desierto

En el horizonte, el sol se despedía del día, tiñendo el cielo de un rojo ardiente que se fundía con las dunas doradas del desierto. Elías, con su semblante sereno y mirada profunda, avanzaba con pasos firmes, su bastón dejando marcas en la arena. Había regresado al desierto, el lugar donde todo había comenzado, buscando respuestas a las preguntas que lo atormentaban desde aquel extraño episodio en el pozo.

El viento susurraba secretos antiguos mientras Elías se adentraba más en la vastedad del desierto. Recordaba vívidamente cómo, al apoyar su bastón sobre la piedra del pozo, una grieta luminosa había surgido, revelando un mundo que parecía coexistir con el suyo. Allí, entidades de baja vibración, sombras inquietas y voraces, se enfrentaban a seres de alta vibración, luminosos y serenos, en una pugna por el espacio que compartían. Era como si las leyendas y mitologías de antaño hubieran cobrado vida frente a sus ojos.

Elías se detuvo en una pequeña colina de arena y cerró los ojos. El calor del día aún persistía, pero la brisa nocturna comenzaba a traer consigo un frescor reconfortante. Se arrodilló y apoyó ambas manos sobre su bastón. En su interior, buscaba al Dios altísimo, aquel que sentía palpar en lo más profundo de su ser.

—Oh, Altísimo —murmuró—, muéstrame el camino. Ayúdame a comprender lo que mis ojos han visto y mi alma ha sentido. ¿Qué papel juego en este entrecruzamiento de realidades?

El silencio del desierto fue interrumpido por un suave murmullo que parecía emanar de todas partes y de ninguna a la vez. Era como si la misma tierra respondiera a su súplica. Una voz cálida y majestuosa resonó en su interior.

—Elías —dijo la voz—, tú eres un puente entre mundos. Dentro de ti habita mi esencia, la chispa divina que da vida y propósito. Lo que has visto no es más que una manifestación de las fuerzas que siempre han existido. La luz y la oscuridad no son enemigos; son herramientas para revelar la verdadera naturaleza de cada ser.

Elías sintió un escalofrío recorrer su espalda. La voz continuó, con una serenidad que lo envolvía como un manto.

—En este nuevo mundo —prosiguió—, las entidades de baja vibración han sido bloqueadas, confinadas por el poder de la luz. Pero hay otras fuerzas, más elevadas incluso que las tuyas, que deben decidir a quién servir antes de que llegue el juicio final. La guerra que presenciaste no es más que un reflejo de la elección que todos debemos enfrentar: ¿serviré al amor y a la verdad o me perderé en el caos del ego?

Elías abrió los ojos lentamente. El cielo ahora estaba salpicado de estrellas titilantes, y las lunas iluminaban el desierto con una claridad casi sobrenatural. Sintió una paz profunda, pero también una responsabilidad abrumadora.

Decidido a comprender más, Elías continuó su camino por el desierto. De repente, en la distancia, vio a un beduino montado en un camello, avanzando con gracia sobre las dunas. Era Efraín, un anciano sabio conocido por sus historias y conocimientos sobre el mundo sobrenatural. Elías sintió una mezcla de alivio y expectativa al acercarse.

—¡Salam, viajero! —saludó Efraín, deteniendo su camello y sonriendo con amabilidad—. ¿Qué te trae a estas tierras áridas?

—Salam, Efraín —respondió Elías, sorprendido de que conociera su nombre—. Busco respuestas. He visto cosas que escapan a mi entendimiento y siento que este desierto guarda secretos que necesito descubrir.

Efraín asintió, su mirada profunda y sabia.

—El desierto es un lugar de revelaciones, joven. A veces, lo que buscamos está más cerca de lo que creemos. ¿Qué visiones has tenido?

Elías tomó un respiro profundo, sintiendo la conexión con el anciano.

—He visto un mundo donde la luz y la oscuridad luchan por el dominio. Entidades de baja vibración y seres luminosos se enfrentan en una batalla que parece interminable. No sé cuál es mi papel en todo esto.

Efraín sonrió, como si entendiera más de lo que Elías había compartido.

—Cada uno de nosotros es parte de un gran tapiz. A veces, el hilo que seguimos nos lleva a lugares inesperados. ¿Te consideras un guerrero o un buscador de la verdad?

Elías reflexionó por un momento.

—Quizás un buscador. Quiero entender, no solo luchar.

—Esa es una sabiduría valiosa —dijo Efraín—. La verdadera fuerza radica en el conocimiento y en la luz que llevamos dentro. A menudo, el viaje hacia la verdad es más importante que la verdad misma.

Elías sintió que las palabras del anciano resonaban en su ser.

—Efraín, ¿puedes ayudarme a encontrar ese camino?

—Claro, amigo mío. Acompáñame. Juntos exploraremos no solo el desierto, sino también las profundidades de tu alma. Hay mucho que aprender y descubrir.

Inspirado por las palabras del anciano, Elías decidió acompañar a Efraín un tiempo, aprendiendo de sus enseñanzas mientras contemplaban juntos el vasto desierto. Comprendió que su misión no era luchar contra las entidades de baja vibración ni temerlas, sino ayudar a otros a encontrar su propia luz interior para elevarse por encima de ellas.

Cuando los primeros rayos del sol iluminaron el horizonte, Elías se levantó con renovada determinación. El camino sería arduo y lleno de desafíos, pero sabía que no estaba solo. Dentro de él habitaba una chispa divina que lo guiaba y fortalecía. Y mientras avanzaba hacia lo desconocido, sintió una certeza inquebrantable: la luz siempre prevalecería sobre las sombras.

El despertar de Elías, por José Alfonso Garre

El misterio del Padre Elías y el pozo restaurado

En el corazón del desierto, donde las noches eran tan frías como los días abrasadores, el Padre Elías, tras un tiempo, regresó al pueblo. Su silueta delgada se recortaba contra el crepúsculo mientras caminaba con su bastón, aquel que todos decían poseía un poder que nadie comprendía.

El pozo, el único pozo, llevaba meses seco. Las grietas de la tierra parecían bocas abiertas que imploraban agua. Los habitantes del pueblo lo miraban con desconfianza y esperanza a partes iguales, como si su llegada fuera un presagio incierto. Nadie olvidaba que hacía años, cuando era joven, Elías había abandonado el lugar tras un misterioso incidente que nadie se atrevía a mencionar en voz alta.

Esa noche, bajo un cielo sin lunas, Elías se dirigió al pozo. El aire estaba cargado de un silencio pesado, como si hasta los insectos temieran romperlo. Se detuvo frente al agujero seco y agrietado, y clavó su bastón en la tierra. Los pocos valientes que lo seguían desde la distancia sintieron un escalofrío cuando él levantó la mirada hacia las estrellas.

—Dios altísimo —murmuró con voz profunda—, si este lugar aún tiene propósito, muéstranos tu poder.

El viento comenzó a soplar de repente, frío y cortante. Las ramas de los árboles muertos crujieron como si despertaran de un largo sueño. El bastón del Padre Elías brilló con una tenue luz azulada, y el aire se llenó de un aroma desconocido, dulce pero inquietante.

De pronto, un rugido profundo emergió de la tierra. Los habitantes retrocedieron aterrados mientras el pozo comenzaba a llenarse de agua oscura, burbujeante. Pero no era solo agua. Algo más subía con ella: raíces negras que se retorcían como serpientes y flores de colores imposibles que brotaban al instante.

Elías permaneció inmóvil, con los ojos cerrados y el rostro sereno. Cuando finalmente abrió los ojos mirando al cielo, murmuró algo que nadie alcanzó a escuchar. Las raíces y las flores se detuvieron, y el agua se calmó, clara como el cristal y tan pura que reflejaba las estrellas. Las raíces negras se convirtieron en brotes verdes y un aroma de azahar inundó el ambiente.

—El ciclo se ha restaurado —dijo finalmente, con una voz que parecía resonar desde otro tiempo—. Pero recuerden: la naturaleza no olvida, ni perdona.

Con esas palabras, el Padre Elías se volvió hacia la multitud que lo rodeaba. En ese instante, un silencio reverente se apoderó del gentío, como si la naturaleza misma estuviera prestando atención a sus palabras. Con firmeza, proclamó: "Por decreto de Dios queda todo restaurado".

Estas palabras, cargadas de esperanza y poder, resonaron en los corazones de los presentes, recordándoles que la restauración no solo era un acto divino, sino también una invitación a la transformación personal y colectiva. El Padre continuó, instando a la gente a no olvidar la enseñanza fundamental: "Dios habita en el corazón del hombre".

Este mensaje era un recordatorio de que cada individuo lleva dentro de sí la chispa divina, un llamado a la introspección y a la conexión espiritual. Al hablar con Dios "en espíritu y verdad", les animaba a cultivar una relación auténtica y profunda con lo sagrado, más allá de las formalidades y rituales vacíos.

A medida que sus palabras fluyeron, Elías enfatizó la importancia de recordar que: "La naturaleza no olvida ni perdona". Subrayó la interconexión entre el ser humano y el entorno natural, invocando la sabiduría de la creación. Las acciones humanas tienen consecuencias, y la naturaleza, en su esencia, siempre busca el equilibrio. Así, el cuidado por la tierra y sus recursos se convertía en un acto de devoción hacia el Creador.

Finalmente, el Padre concluyó su mensaje con una poderosa bendición: "Dios bendice esta tierra y sus habitantes. Haceros merecedores de la bendición". Con estas palabras, instó a la comunidad a vivir con rectitud y a esforzarse por ser dignos de las bendiciones divinas. Era un llamado a la acción, a la responsabilidad compartida de

construir un mundo mejor, donde la fe y la justicia prevalezcan.

El eco de sus palabras se quedó flotando en el aire, dejando a la multitud reflexionando sobre su significado profundo y la urgencia de vivir en armonía con Dios, la naturaleza y entre ellos mismos.

Los habitantes del pueblo se acercaron cautelosamente al pozo. Algunos lloraban de alivio; otros miraban al Padre Elías con una mezcla de gratitud y temor. Él no dijo nada más. Dio media vuelta y desapareció en la oscuridad, dejando tras de sí un misterio que nunca sería resuelto del todo.

Esa noche, mientras observaba las estrellas desde una colina cercana, Elías sintió nuevamente la voz en su corazón.

—Has cumplido bien tu tarea aquí —le dijo—. Pero aún hay más caminos por recorrer.

Elías asintió en silencio. Sabía que su misión no había terminado; apenas comenzaba.

Cuando Elías dejó la comunidad al amanecer del día siguiente, no miró atrás. Su bastón golpeaba rítmicamente el suelo mientras avanzaba hacia lo desconocido. En su pecho ardía la misma verdad que lo había llevado hasta allí: Dios vive en el corazón del hombre.

El horizonte parecía infinito, pero Elías no tenía miedo. Sabía que dondequiera que fuera, habría personas esperando escuchar esa verdad... y él estaría allí para compartirla.

El despertar de Elías, por José Alfonso Garre

La búsqueda de Elías

El sol se despedía del horizonte, dejando un rastro dorado sobre las dunas infinitas del desierto. Elías, envuelto en su túnica desgastada, caminaba con paso sereno. Había pasado días en aquel páramo, buscando respuestas en el silencio y en la inmensidad. Pero algo dentro de él lo llamaba a continuar, a seguir adelante, a usar el don que aún no comprendía del todo.

El viento soplaba con fuerza, levantando remolinos de arena que danzaban como espectros. Elías cerró los ojos y respiró profundamente. En ese instante, sintió la vibración en su pecho, una energía que parecía emanar desde lo más profundo de su ser. Era el momento. Sin pensarlo más, se concentró en la imagen de la aldea de Papá Pepe, ese rincón perdido entre montañas que apenas había visitado una vez.

El mundo a su alrededor se desvaneció. La arena bajo sus pies desapareció, y por un breve instante, Elías sintió que flotaba en un vacío absoluto. Luego, una ráfaga de luz lo envolvió, y cuando abrió los ojos, estaba allí: en medio de las calles de arena y piedras del poblado rústico. Las casas de adobe se alineaban como guardianes silenciosos, y el murmullo de la vida cotidiana llenaba el aire.

Elías ajustó su túnica y caminó hacia el colmenar donde sabía que encontraría a Papá Pepe. El anciano era conocido por su sabiduría y por su capacidad de inspirar a quienes se cruzaban en su camino. Elías le había conocido al principio de su recorrido por el nuevo mundo, pero deseaba hablar con él en profundidad. Hoy sería diferente.

El colmenar estaba formado por cajas antiguas de madera donde las abejas volaban zumbando en su interior, entraban y salían por las aberturas laterales trayendo polen y néctar de las flores de alrededor. Papá Pepe estaba sentado en un banco de madera, observando los movimientos de las abejas con una sonrisa tranquila en el rostro. Al ver a Elías acercarse, levantó la vista y lo saludó con un gesto amable.

—Bienvenido, Elías —dijo con voz cálida—. Sabía que vendrías.

Elías se acercó y se sentó junto a él. Durante un momento, ambos permanecieron en silencio, como si el tiempo se detuviera para permitirles conectar más allá de las palabras.

—He venido porque necesito entender —dijo Elías finalmente—. Me hablaste hace tiempo de la

Confederación Apostólica Universal y del hombre nuevo.
Pero no sé cómo encaja todo esto en mi misión.

Papá Pepe asintió lentamente antes de responder.

—La CAU es más que una idea, Elías. Es un llamado a transformar el mundo desde dentro. Pero para comprenderlo verdaderamente, primero debes conocer al hombre nuevo. ¿Sabes lo que significa ser un hombre nuevo?

Elías recordaba que Papá Pepe ya le habló hace años cuando fue a visitarlo con Stefano.

—El hombre nuevo —continuó Papá Pepe— es alguien que ha aprendido a vivir desde su interioridad. Es autónomo, libre y responsable; no depende de otros para tomar decisiones, pero siempre actúa en comunión con su conciencia y con la comunidad, en escucha atenta al Dios que le habla en su interior. Este hombre es capaz de integrar su vida familiar con su vida espiritual y apostólica. Es alguien que vive con propósito.

Elías escuchaba con atención, dejando que cada palabra se grabara en su mente como un eco profundo.

—Y esa transformación personal —prosiguió Papá Pepe— es lo que permite formar comunidades nuevas, comunidades que no solo buscan sobrevivir, sino que aspiran a construir algo mayor: un reino de paz y armonía para todos. Cada individuo y cada comunidad son libres y autónomos, desarrollando vínculos entre sus miembros y con la comunidad más amplia que los acoge. La CAU representa ese sueño hecho realidad: la unión de estas comunidades bajo un mismo propósito, reconociendo que cada una tiene algo único que aportar. La CAU no busca eliminar las diferencias, sino integrarlas. Cada carisma y cada riqueza espiritual son ladrillos en el puente que nos conecta.

Elías sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Había algo poderoso en esas palabras, algo que resonaba con lo que él había buscado toda su vida. Pero aún quedaban preguntas por responder.

—¿Y cómo podemos superar los desafíos que enfrentamos? —preguntó Elías—. El mundo está lleno de división, desesperanza e individualismo. ¿Cómo podemos construir esa unidad?

Papá Pepe sonrió con ternura.

—Con amor y trabajo constante —respondió—. Cada comunidad aporta su riqueza y carisma. La unidad no significa uniformidad; significa reconocer nuestras diferencias y usarlas para fortalecer nuestra misión común. Es un desafío grande, pero no imposible si cada uno de nosotros decide comprometerse.

Elías asintió lentamente mientras procesaba esas palabras. Algo dentro de él comenzaba a cambiar. Había llegado buscando respuestas, pero ahora sentía que estaba descubriendo preguntas más profundas.

—Elías —dijo Papá Pepe finalmente—, tu don para viajar en el tiempo y el espacio no es casualidad. Es parte de tu misión. Pero para entender cómo usarlo correctamente, primero debes buscar dentro de ti mismo.

La conversación se extendió durante horas, mientras Elías absorbía cada palabra como si fueran gotas de agua en medio del desierto. Finalmente, cuando el sol comenzó a ocultarse detrás de las montañas, Elías se levantó, agradeció las palabras del anciano y se retiró.

Mientras caminaba hacia el desierto bajo un cielo teñido de tonos anaranjados y púrpuras, Elías sentía cómo cada palabra de Papá Pepe resonaba dentro de él. Sabía que su

misión estaba apenas comenzando y que el desierto sería el lugar donde encontraría las respuestas definitivas.

El aire frío de la noche lo envolvió cuando llegó a su refugio. Allí, en medio del silencio infinito, cerró los ojos y dejó que su interior se abriera al diálogo divino. Las palabras de Papá Pepe se transformaron en visiones; un plan comenzaba a tomar forma. Elías entendió entonces que no estaba solo: el dios dentro de él y la CAU eran fuerzas poderosas que lo guiarían hacia el propósito más grande de su vida.

Sentía el peso de las palabras de Papá Pepe resonando en su mente, como si cada sílaba se hubiese impregnado en su alma. El aire fresco de la noche comenzaba a envolverlo mientras buscaba un lugar donde detenerse y meditar.

Encontró refugio en una pequeña cueva, oculta entre las rocas. Encendió una lámpara de aceite que llevaba consigo y se sentó sobre una manta áspera que había traído para protegerse del frío. Cerró los ojos y dejó que el silencio del desierto lo abrazara. La oscuridad parecía tener vida propia, pulsando con una energía que Elías sabía que debía escuchar con atención.

De repente, sintió una presencia dentro de él, un calor que emanaba desde lo más profundo de su ser. Era el dios interior, esa fuerza que siempre había sentido pero que ahora parecía más tangible que nunca. Elías abrió los ojos, pero no vio nada; todo estaba en su mente, en su espíritu.

"Has escuchado bien las palabras de Papá Pepe", dijo la voz serena y poderosa de su interior. "La Confederación Apostólica Universal no es solo una idea; es un llamado, un propósito. Tú, Elías, eres uno de los escogidos para llevar esta misión al nuevo mundo".

Elías respiró profundamente, sintiendo cómo cada palabra se grababa en su corazón. "¿Cómo puedo hacerlo? ¿Cómo puedo ser digno de esta tarea?", preguntó con humildad.

"La clave radica en la comunión Conmigo, en la conexión con la comunidad y en la fecundidad del apostolado, así como en la búsqueda de un propósito último y definitivo que unifique todo", respondió la voz. "Debes enseñar a las comunidades a superar sus divisiones, a trabajar juntas, a reconocer la riqueza que cada una puede aportar. Pero primero, debes prepararte. Debes fortalecer tu espíritu y tu mente para enfrentar los desafíos que vendrán".

En ese momento, Elías tuvo una visión. Vio un mapa trazado en el aire frente a él, con caminos que conectaban pueblos y comunidades. Cada punto brillaba con luz propia, pero juntos formaban un resplandor mucho mayor. Entendió que su misión era ser el puente entre esas luces, el vínculo que las uniría para formar un reino de paz y armonía.

La voz continuó: "Regresa al pueblo de Papá Pepe. Habla con él nuevamente. Juntos trazarán los primeros pasos para esta misión. Pero recuerda: la verdadera fuerza está dentro de ti. Confía en tu capacidad de amar, de comprender y de guiar".

Elías sintió una ola de paz inundarlo. Sabía que el camino sería largo y lleno de dificultades, pero también sabía que estaba listo para recorrerlo. Se levantó, apagó la lámpara y salió de la cueva. El cielo ahora estaba lleno de estrellas, como si el universo mismo le estuviera mostrando el camino.

Mientras caminaba hacia el pueblo, Elías se repetía las palabras que había escuchado: unidad en la pluralidad, eficacia y fecundidad, superación de la división. Cada paso que daba lo acercaba más a su propósito, más a la verdad que había estado buscando toda su vida.

El desierto, con su inmensidad y su silencio, se convirtió en su aliado. Era el espacio donde podía escuchar su interior, donde podía conectar con esa fuerza divina que lo guiaba. Elías sabía que no estaba solo; llevaba consigo el poder del dios interior y la esperanza de un nuevo mundo. Pero ¿cuál sería el propósito último y definitivo que unifique todo?

FIN